

Alice y la Palomita

Ginnevra D.



Image not found.

Capítulo 1

Alice y la Paloma

Una noche de invierno cuando Alice, una niña querida a quien todos amaban, hizo a un lado las cortinas de la ventana de su habitación, vio la luna medio oculta por grandes bancos de nubes y sólo unas pocas estrellas asomando aquí y allá. Abajo, la tierra estaba oscura y fría. Los árboles parecían grandes sombras.

Había un cambio en su dulce rostro cuando dejó caer la cortina y se apartó de la ventana.

—Pobres pajaritos! —murmuró.

—Todos están a salvo —respondió su madre, sonriendo—. Dios ha provisto para todas las aves un lugar de descanso y de refugio y cada una sabe dónde está y cómo llegar a él. No hay muchas que se queden aquí en la época de invierno, sino que vuelan hacia el soleado sur, donde el aire es cálido y los árboles verdes y fructíferos.

—Dios es muy bueno —dijo la inocente niña. Luego se arrodilló con las manos juntas y rezó para que el celeste del más allá los bendijera a todos y dejara que sus ángeles cuidaran de ella mientras ella dormía. El beso de su madre estaba todavía cálido en sus labios cuando pasó al mundo de los sueños agradables.

Por la mañana, cuando Alice descorrió de nuevo las cortinas de su ventana, ¡qué vista maravillosa y bella se presentó a sus ojos! La nieve había caído y todo se cubría con un manto de blancura deslumbrante. En el cielo azul claro, lejos en las tonalidades, el sol se levantaba y como sus rayos caían sobre los campos y los árboles y las casas, cada objeto brillaba como si estuviera cubierto de diamantes por todas partes.

Pero Alice sólo contempló esta bella imagen por un momento o dos, porque un ligero movimiento atrajo sus ojos hacia una esquina de la repisa de la ventana, en la parte exterior. Allí se posaba una paloma muy cerca del cristal de la ventana, con su cabeza echada hacia abajo y casi escondida entre sus plumas y su cuerpo temblando de frío. La paloma no pareció tener miedo de ella, aunque Alice vio que sus ojos pequeños color de rosa la miraban directo a los suyos.

—Oh, ¡pobre pajarito querido! dijo en suaves tonos compasivos, levantando suavemente la ventana, para que no se asustara y se fuera. Luego dio un paso atrás y esperó a ver si el ave entraba.

La paloma levantó la cabeza de color marrón medio asustada; la volteó para este lado y para el otro y después de mirar primero a la cómoda recámara y luego a lo lejos a la tierra cubierta de nieve, saltó

calladamente al alféizar interior. A continuación voló sobre el respaldo de una silla y luego abajo hacia el suelo.

—Pequeñuela querida —susurró Alice, en voz baja.

A continuación, se vistió rápidamente y bajó por las escaleras a buscar algunas migas de pan, que dispersó en el suelo. La paloma las recogió, con apenas alguna señal de temor.

Tan pronto como se había comido todas las migas, voló de nuevo hacia la ventana y apoyada en el alféizar, aumentó su brillante garganta y, con sus arrullos, le dio las gracias a su pequeña amiga. Después de lo cual se alejó con rapidez, el sol de la mañana destellando de las alas.

Un sentimiento de decepción se adentró en el corazón de Alice cuando el ave se perdió fuera de su vista.

—¡Pobre pequeñuela querida! — suspiró—. Si tan sólo ella hubiera sabido qué buena habría sido yo con ella y lo segura que estaría aquí y qué buena comida y agua pura se les hubiera dado, no habría salido volando.

Capítulo 2

A la hora del desayuno cuando Alice contó sobre la visita de la paloma, todos en la mesa, todos en la mesa tuvieron una agradable sorpresa. Y hablaron de palomas y de palomas torcaces, su padre contó una o dos historias agradables, con lo que Alice estaba encantada. Después del desayuno, su madre tomó un volumen de la biblioteca que contiene el exquisito poema de Willis, "*La Pequeña Paloma*" y se la dio a leer a Alice. Muy pronto se la sabía toda de memoria.

Muchas veces durante el día Alice se situó en la puerta abierta o miró por las ventanas, con la esperanza de ver a la paloma de nuevo. En la parte superior de una casa distante donde la nieve se había derretido o soplado por el viento o volando en el aire, ella vislumbraba un ave de vez en cuando; pero no podía decir si era o no la paloma blanca y marrón que había acogido y alimentado por la mañana.

Pero justo antes de la puesta del sol, mientras estaba parada en la ventana del recibidor, un grito de alegría salió de sus labios. Allí estaba la paloma posada en una valla cercana y con aspecto, según le pareció a ella, bastante triste.

Alice abrió la ventana y luego corrió a la cocina por algunas migajas de pan. Cuando regresó, la paloma estaba todavía en la valla. Entonces la llamó, tendiéndole la mano y esparciendo unas migas en el alféizar de la ventana. El ave tenía hambre y ojos de lince y cuando vio a Alice sin duda recordó la buena comida que le había dado en la mañana. En unos momentos voló a la ventana, pero parecía medio temerosa. Por lo que Alice, cuando la palomita comenzó a recoger las migajas, se ahizo un poco hacia atrás.

Luego, poco a poco, se acercó cada vez más, tendiendo la mano que estaba llena de migas y tan pronto como la paloma había recogido todo lo que estaba en el alféizar, tomó el resto de la comida vespertina de la mano de la niña querida. De vez en cuando se detenía y miraba a su buena amiga, como para decir:

—Gracias por mi agradable cena. ¡Eres tan buena!

Cuando había comido suficiente, emitió algunos arrullos, movió la bonita cabeza varias veces y luego levantó las alas y se alejó volando.

No volvió de nuevo. Al principio Alice estaba decepcionada, pero esto se disipó pronto y sólo le quedó una sensación agradable.

—Me gustaría mucho verla y darle de comer —dijo—. Pero sé que está mucho mejor y más feliz en su propia casa, con un buen lugar para dormir

y mucho que comer, que sentada en el alféizar de una ventana toda la noche durante una tormenta de nieve.

Y entonces recitaba el dulce poema de nuevo, "*La Paloma de la Ciudad*", que su madre le había dado para que se aprendiera de memoria.

Aquí está y espero que cada uno de mis pequeños lectores se la aprendan de memoria también:

*—Inclínate a mi ventana, hermosa paloma!
Tus visitas diarias han tocado mi amor.
Miro tu llegada y anoto la nota
Que tan baja se despierta en tu garganta suave,
Y mi alegría es mucha.
Al atrapar la mirada de tus suaves ojos.*

*—¿Por qué te sientas en los aleros cálidos,
Y abandonas el bosque con sus hojas frescas?
¿Por qué debes frecuentar la calle sofocante,
Cuando los caminos del bosque son frescos y dulces?
¿Cómo puedes soportar
Este ruido de la gente - este aire sofocante?*

*—Tú sola de las razas emplumadas
Miras sin temor al rostro humano;
Tú sola, con un ala lista a huir,
Amas estar con el hombre en sus lugares;
Y la "dulce paloma"
Se ha convertido en un símbolo de amor y de confianza.*

*—Un regalo santo es tuyo, dulce pájaro!
¡Tú eres llamada en la primera palabra de la infancia!
Tú estás vinculada con todo lo que es fresco y salvaje
En los pensamientos aprisionados del niño de la ciudad;
Y tus alas lustrosas
Son la imagen más brillante que tiene
de las cosas en movimiento.*

*—No es una nímia casualidad.
Que se te distinga del resto,
Sabiamente por Él que tu corazón ha domado,
Para agitar el amor en los seres brillantes y bellos
Que de otra forma estarían sellados en este aire atestado.
A veces sueño que
rayos angelicales se derraman delante de tus álulas.*

*—Ven, entonces, alguna vez, a mis humildes aleros,
cuando la luz diurna se aleje*

*de la página que leo,
Y lava tu pecho en el caño hueco,
Y murmura itu dulce música de tonos bajos!
En ti escucho y veo
Lecciones de Cielo, ¡dulce ave!*

Autor: T. S. Arthur

Portada: Elizabeth Peyton